

El psicoanálisis y la felicidad.

Nieves González y Eva Parrondo.

21 de mayo – 19 de junio, 2023.

*A partir de la intervención de Nieves González “Prometer la felicidad es una estafa”, en la Mesa Redonda *Del imperativo de la felicidad a lo peor*. XXII Jornada de los Colegios Clínicos de EPFCL de España, *El psicoanalista confrontado al imperativo de la felicidad*. Tarragona, 27 de mayo, 2023.

I. El discurso capitalista versus el discurso analítico.

El discurso es aquello por lo que se lucha y por medio de lo cual se lucha.

Michel Foucault, *El orden del discurso* (1970), p. 15.

En el año 1973 Lacan y Foucault parecen entrar en resonancia.

En enero, Lacan dice en “Televisión”: “el discurso que llamo analítico es el lazo social que está determinado por la práctica de un análisis”¹.

En mayo, en su conferencia en la Universidad Católica de Río de Janeiro, “La verdad y las formas jurídicas”, Michel Foucault –siguiendo al lingüista y antropólogo Georges Dumézil– “sitúa la práctica del discurso en el interior de prácticas sociales”².

Si juntamos ambas proposiciones, llegaríamos a:

1. el discurso analítico no es el ‘discurso del analista’ (con el que a menudo se lo confunde), sino que es *el lazo* que vincula al analizante (cuyo discurso es el que “efectivamente se sostiene en la experiencia analítica”³) y al analista durante esa práctica social “clandestina” que son las sesiones de psicoanálisis⁴, en las cuales se le da al síntoma –esa formación disidente con el orden establecido– la oportunidad de hablar.
2. este *lazo*, esta relación fundamental, que define al discurso analítico está determinado por la co-escritura de la historia/histeria (*hysteria*, acuña Lacan) del sujeto, ahí donde se presenta y articula no sólo un “deseo de reconocimiento”, sino también, y principalmente, el “reconocimiento de un deseo”⁵.

Lo que el analista instituye como experiencia analítica, puede decirse simplemente, es la histerización del discurso. Dicho de otra manera, es la introducción estructural, mediante condiciones artificiales, del discurso de la histérica.

Lacan, *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970), p. 33.

3. La base y fundamento de este nuevo tipo de lazo social, determinado por el reconocimiento del deseo, es “el poder de las palabras”.

¹ Jacques Lacan, “Televisión” (1973), en *Otros escritos*, p. 544.

² Foucault, “La verdad y las formas jurídicas” (conferencia publicada en 1974), en *Estrategias de poder*, p. 271.

³ Lacan, *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970), p. 33.

⁴ Lacan define el psicoanálisis como un práctica clandestina en el *Seminario 8*, dedicado a *La transferencia*.

⁵ Lacan, *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 253.

El tratamiento psicoanalítico aparece como un intercambio de palabras entre el paciente y el analista [...] Las palabras, primitivamente, formaban parte de la magia y conservan todavía en la actualidad algo de su antiguo poder.

Por medio de palabras puede un hombre hacer feliz a un semejante o llevarle a la desesperación; por medio de palabras transmite el profesor sus conocimientos a los discípulos y arrastra tras de sí el orador a sus oyentes, determinando sus juicios y decisiones. Las palabras provocan efectos emotivos y constituyen el medio general para la influenciación recíproca entre los hombres.

Freud, "Lección 1. Introducción", en *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1915-1917), p. 2125.

Localizar en el núcleo del discurso analítico el poder de las palabras no sólo nos remite a 'la verdad' a ser descifrada en los síntomas (el psicoanálisis como "talking cure", según definición de la paciente de Joseph Breuer, *Anna O.*) o al hecho *materialista* (no abstracto) de que "una vez que se dijo algo, eso está dicho" y "ahora está ahí", "y no se puede hacer nada para evitarlo"⁶. También nos remite a uno de *los puntos esenciales* de saber a los que, de acuerdo con Lacan, tiene que llegar un analista que quiera hacer "avanzar de nuevo" el psicoanálisis, "redoblando los pasos de Freud": el analista "debe saber que depende tanto del deseo del Otro como de su palabra"⁷.

Que el analista depende de la palabra del Otro, lo aprehendió Freud en su práctica clínica con su primer caso de estudio, *Emmy von N.* (Fanny Moser, baronesa viuda de "aproximadamente unos 40 años"), a la que "comenzó a prestar atención médica" el 1 de mayo de 1889, encontrándosela el primer día, cuando fue a visitarla en su casa, "tendida en un diván, con un almohadón bajo la nuca". Tras varios días de 'exitoso' tratamiento hipnótico⁸ llega el momento decisivo, el momento en el que se inicia la sustitución gradual de la técnica de la hipnosis (base del "método catárquico" de Joseph Breuer)⁹ por la 'asociación libre', que es la "regla analítica fundamental" y, por tanto, su instauración definitiva en 1895 supone el inicio oficial del psicoanálisis¹⁰.

El 12 de mayo, Freud (que "había observado" que a Emmy de N. los dolores de estómago "se le presentaban siempre que tenía un ataque de zoopsia") le pregunta a su paciente, en el curso del diálogo

⁶ Michel Foucault. *Estrategias de poder*, pp. 267-268.

⁷ "Entonces, habrán escuchado a Lacan", Conferencia de Lacan (titulada por Miller) en la facultad de medicina de Estrasburgo (1967), p. 143.

⁸ Con respecto al éxito del tratamiento, Freud matiza: "El resultado terapéutico fue, en general, muy considerable, pero poco duradero, pues dejó intacta la capacidad de la paciente para volver a enfermar bajo la acción de nuevos traumas. Aquel que quiera emprender la curación definitiva de una tal histeria habrá de penetrar en la conexión de los fenómenos entre sí más de lo que yo lo intenté" (Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria*, 1895, p. 87).

⁹ Freud comenzó a aplicar el tratamiento hipnótico en otoño de 1887 (un año después de instalarse como neurólogo en Viena) y lo "empleó sistemáticamente" a partir de la primavera de 1889 ("Los orígenes del psicoanálisis" (1887-1902 [1950], p. 3447) hasta 1895. En su "Autobiografía" Freud cuenta: "Abandoné, pues, el hipnotismo y sólo conservé de él la colocación del paciente en decúbito supino sobre un lecho de reposo, situándome yo detrás de él de manera a verle sin ser visto" (p. 2773).

Por otro lado, en "Esquema del psicoanálisis", Freud subraya el valor histórico de la hipnosis dentro de "la ciencia médica" en general y dentro del psicoanálisis en particular ("tanto en sentido teórico como terapéutico, el psicoanálisis administra una herencia que el hipnotismo le transmitió"), en la medida en que "los fenómenos del hipnotismo" abrieron el acceso a "los secretos de las neurosis". De esta técnica pre-analítica Freud extrae "dos enseñanzas fundamentales e inolvidables. En primer lugar, se llegó a la convicción de que ciertas singulares alteraciones somáticas no eran sino el resultado de ciertas influencias psíquicas, activadas en el caso correspondiente. Y en segundo, la conducta de los pacientes después de la hipnosis producía la clara impresión de la existencia de procesos anímicos que sólo podían ser 'inconscientes'", p. 2730.

¹⁰ "El método catárquico es el antecedente inmediato del psicoanálisis" ("Esquema del psicoanálisis", p. 2731).

post-hipnosis, “por qué ha tenido también dolores de estómago y cuál es el origen de los mismos”. Y, entonces, “de mala gana”, Emmy de N. le responde “que no sabe nada”. Acto seguido, Freud le da “de plazo hasta mañana para recordarlo”. Y, entonces, ante la avidez de Freud, ante lo excesivo de su demanda, ya furiosa, “francamente malhumorada”, Emmy de N. le espeta, “con expresión de descontento”, que “no debe estar siempre preguntándole de dónde procede esto o aquello, sino dejarla” contar “lo que desee”. Cuando Freud conviene en ello, Emmy de N. le revela inmediatamente, “sin otros preliminares”, que los dolores de estómago que no la dejan dormir proceden de la historia de la muerte súbita de su marido (40 años mayor que ella) a los cuatro días de nacer su segunda hija (sentimiento de culpa por no haber cuidado a su marido suficientemente bien durante el post-parto) y también del hecho del que, “al quedarse viuda no tuvo, además, sino disgustos y contrariedades” y “toda clase de litigios” con su familia política, “que se había opuesto al casamiento” y a la que, desde el principio, “irritaba la felicidad de la que gozaban” su marido y ella¹¹.

Tal y como señala Serge Cottet en *Freud y el deseo del psicoanalista*, vemos aquí que es Emmy de N. – mujer de “áspera naturaleza”¹²– la que se “inventa”, y le “asigna” a Freud, el lugar de ‘psicoanalista’: Emmy de N. pone a Freud en su lugar (que es el lugar en el que ella desea que esté) enseñándole que ni tiene que indagar tanto, ni tiene que dirigir el diálogo, ni tiene que hacer ninguna intervención hasta que ella finalice su relato¹³. Freud escucha el deseo de Emmy, lo hace suyo, y, a partir de ahí, deseará la palabra del Otro, deseará que los pacientes hablen “libremente” revelando así “la historia de la génesis de sus síntomas” mientras se hallan en un “estado normal” y no en un estado hipnótico¹⁴.

También vemos aquí, en este primer caso de histeria relatado por Freud, que la emergencia histórica del discurso analítico es un “acontecimiento político” (Foucault) y, por tanto, un acontecimiento ético. Si bien varios inconvenientes condujeron a Freud a abandonar la hipnosis (la imposibilidad de hipnotizar a muchos de los pacientes, no poder lograr en determinados casos una hipnosis profunda o el hecho de que los resultados terapéuticos logrados eran “poco duraderos y demasiado dependientes de la relación personal del médico con el paciente”¹⁵), el mayor inconveniente de esta técnica para Freud fue el abuso de “poder” que, por estructura, el hipnotizador ejerce sobre la histérica hipnotizada, en la medida en que el tratamiento por hipnosis *fuerza* (aunque sea sin completo éxito) el sometimiento o rendición de la paciente a las exigencias del *furor sanandi* (como el propio Freud lo expresa) del representante de la ‘autoridad médica’.

11 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), pp. 64-65.

12 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), p. 55.

13 Serge Cottet, *Freud y el deseo del psicoanalista*, p. 29. Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), p. 64. El día anterior (11 de mayo), Freud ya había anotado en su cuaderno de sesiones que las “interrupciones son contraproducentes y que lo mejor es escuchar hasta el final las manifestaciones de la enferma sobre cada punto concreto” hasta “agotar el tema”.

14 Freud, “Autobiografía”, p. 2767.

15 Freud, “Esquema del psicoanálisis”, p. 2732.

La sugestión directa [la hipnosis] es aquella que se encamina contra los síntomas y constituye un combate entre nuestra autoridad y las razones del estado patológico. Recurriendo a ella, prescindimos absolutamente de tales razones y no exigimos del enfermo sino que cese de manifestarlas por medio de síntomas.

Freud, "La terapia analítica", en *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1917), p. 2402.

[el analista] debe encontrarse en el punto opuesto a toda voluntad, al menos manifiesta, de dominar. Digo *al menos manifiesta*, no porque tenga que disimularla, sino porque, después de todo, es fácil deslizarse de nuevo hacia el discurso del dominio.

Lacan, *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis* (1968-1969), p. 73.

Otra enseñanza técnica y ética se extrae de la experiencia clínica de Freud con Emmy d N., mujer que "se rebelaba contra toda coacción" y que, hasta "en su conciencia hipnótica", "vigilaba críticamente" la labor terapéutica de Freud¹⁶. Freud abre el historial clínico de Emmy de N. reconociendo que él puso "un tenaz empeño en lograr su curación" y, en la parte final, subraya cómo, frente a este empeño suyo, se encontró con que la paciente conservaba "tenazmente sus síntomas contra toda sugestión" y daba muestras manifiestas de su "victoriosa resistencia"¹⁷:

Cuando no me era posible aducirle argumentos convincentes (...) y quería actuar por medio de la sugestión autoritaria, se pintaba siempre un expresión tirante y desconocida en el rostro de la sujeto, y cuando al final [de la hipnosis] le preguntaba: 'Vamos a ver: ¿seguirá usted teniendo miedo a ese animal?', su respuesta era: 'no... porque usted me lo manda'.

Mientras que el discurso capitalista, que obedece desde sus orígenes a una "estrategia de dominación" que perpetúa la reproducción del modo industrial de producción bajo "la ética del trabajo"¹⁸ así como determina la reproducción social de los vínculos narcisistas (el vínculo sólo entre 'iguales': misma clase social, misma raza, mismo género, mismo país de nacimiento, misma orientación sexual, mismos gustos, mismos *hobbies*, etc.) y/o de los vínculos cínicos (el vínculo que se establece entre falsos o sinvergüenzas); el discurso analítico obedece a una "estrategia de resistencia" tanto frente a la explotación capitalista de los cuerpos¹⁹ (manifestación de la pulsión de muerte, de acuerdo con el análisis que hace Freud en *El malestar en la cultura*) como frente a "ese estilo de puritanismo [protestante] en relación con el deseo que se instauró históricamente" con el capitalismo²⁰, que es cuando se consagra el trabajo (forzado) como "derecho"²¹ y se produce la entrada masiva de las mujeres

16 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), p. 55 y p. 64, nota 45.

17 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), p. 55 y p. 86.

18 Michel Foucault, *Estrategias de poder*, p. 273. Véase también Max Weber, *La ética protestante y 'el espíritu' del capitalismo* (1905).

19 Foucault.

20 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 362. 375?

21 "Nunca, desde que la humanidad existe, se ha concedido tanto honor al trabajo. Hasta se excluye la posibilidad de que no se trabaje". Así es como el discurso capitalista (versión mejorada del discurso del amo) mantiene "su dominación": el "éxito"

en el mercado laboral²² y/o, como en el caso de Emmy de N., comienzan las mujeres a participar “en la dirección de una gran empresa industrial”, sin “perder de vista ni un sólo instante la educación de sus hijas”²³ y encontrando obstáculos, legales y morales, para volver a casarse tras 14 años de luto²⁴.

Por ello, la posición ética del psicoanálisis, “en lo concerniente a aquello de lo que se trata, a saber, lo que se relaciona con el deseo, con sus arreos y su desasosiego”, está en el lado opuesto de la posición de la ética tradicional vinculada con el “orden de los poderes”, de un poder “humano, demasiado humano”²⁵. En relación con la incidencia histórica del capitalismo, “lo esencial” es: ‘sea usted útil a la sociedad’, “*continúen trabajando, que el trabajo no se detenga*” y no manifieste usted “*el más mínimo deseo*”²⁶. Para una psicoanalista esta “moral del poder, del servicio de los bienes”, viene a ser causa de “la nerviosidad moderna”, tal y como plantea Freud en su artículo de 1908 dedicado a “la moral sexual ‘cultural’”²⁷.

II. La felicidad en el discurso analítico.

Cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz.
Sigmund Freud, *El malestar en la cultura* (1931), p. 3029.

Existe una brecha entre ‘la felicidad’ en el discurso capitalista y ‘la felicidad’ en el discurso analítico. Esta brecha es palpable al menos en tres puntos de divergencia.

1. El primero es que, en el discurso capitalista, la felicidad es inseparable del “tenerlo todo” (por ejemplo, “salud, dinero y amor”, como dice la canción); mientras que, en el discurso analítico, la felicidad está marcada, como el ser humano mismo, por el “no-todo”, lo cual significa que se trata de una felicidad “limitada”, de una felicidad que depende del modo en que cada cual se encuentre posicionado en relación a la tensión entre la estabilidad y el cambio:

Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad, surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole sólo puede darse como fenómeno episódico. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una sensación de tibio bienestar, pues nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste, pero sólo en muy escasa medida lo estable. Así, nuestras facultades de felicidad están ya limitadas en principio por
nuestra propia constitución.

Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3025.

de este discurso es que “explotados o no, los trabajadores trabajan”, Lacan, *El seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, p. 181.

22 La conexión entre el puritanismo de la ética del trabajo de la religión protestante y la creciente presencia tentadora de las mujeres en fábricas, oficinas, etc. la señala Foucault somewhere.

23 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), p. 89.

24 Lisa Appignanesi y John Forrester, *Freud's women*, p.98.

25 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 374.

26 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 375. En el discurso capitalista “las cuestiones del ser son siempre dejadas para más tarde”, *Seminario 7*, p. 365.

27 Freud publica este artículo en la revista *Sexual Probleme* a petición de su directora, la “feminista radical”, doctora en filosofía, Helene Stöcker, quien propagó una “nueva ética” de la vida sexual, basada en las ideas de Nietzsche.

2. El segundo punto básico sobre el que se sostiene la divergencia entre el discurso capitalista y el discurso analítico es el punto central, puesto que se refiere a la definición de felicidad: mientras que en el discurso capitalista la felicidad es *una promesa*, es decir que es algo ‘objetivamente bueno’ que te va a venir del Otro; en el discurso analítico, la felicidad es un “objetivo vital”, “una aspiración”, programada por “el principio del placer” que rige nuestra vida anímica “desde su mismo origen” (antes de que se instale el “principio de realidad”)²⁸. Por tanto, en el discurso analítico la felicidad ni es algo ‘realista’ –“es algo profundamente subjetivo”²⁹– ni tampoco depende en absoluto del Otro (de lo que el Otro haga o no haga en la realidad), sino que, por el contrario, depende de la propia economía libidinal:

La felicidad, considerada en el sentido limitado, cuya realización parece posible, es meramente un problema de la economía libidinal de cada individuo.

Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3029.

El sujeto humano puede apoderarse de las condiciones mismas que se le imponen en su mundo, como si dichas condiciones estuvieran hechas para él y encontrara en ellas su satisfacción. Esto, se lo indico, nos hará desembocar (... en) la naturaleza de la comedia.

Lacan, *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 260.

3. Por último, el tercer punto de divergencia que hace insalvable la brecha entre el discurso capitalista y el discurso analítico es del orden de la ética: mientras que *la promesa* de felicidad, que se vende en el discurso capitalista, es “falsa” (puesto que nadie puede darle a nadie la felicidad); *el deber* de no renunciar a la aspiración de ser felices, “a pesar de que todo el orden del universo” se oponga a ello³⁰, es “verdadero”, puesto que este deber de no renunciar a la búsqueda de la propia felicidad se articula con esa “condición absoluta” de la vida que es el deseo³¹.

III. El psicoanalista y la felicidad.

El paso de la exigencia de la felicidad al plano político tiene consecuencias [...] el problema de la relación actual de cada hombre, en ese corto tiempo entre su nacimiento y su muerte, con su propio deseo –no se trata de la felicidad de las generaciones futuras.

Lacan, *El seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 362.

En psicoanálisis partimos de que no sabemos qué es lo que puede llegar a hacer feliz a cada cual. Como no hay felicidad universal, como “ninguna regla al respecto vale para todos”³² (lo que a uno le puede

²⁸ Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3025, p. 3024, p. 3035.

²⁹ Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3033.

³⁰ Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3025. “El designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable; más no por ello se debe –ni se puede– abandonar los esfuerzos por acercarse de cualquier modo a su realización”. Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3029.

³¹ Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 350.

³² Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3029.

hacer feliz a otro le puede hacer infeliz), ante cada paciente que viene a vernos *porque no es feliz* (algo no marcha, sufre, se encuentra mal, no sabe qué hacer con su vida), ponemos en suspenso nuestro propio juicio sobre qué es la felicidad y nos abrimos al suspense.

Cada paciente que viene a vernos demanda la felicidad³³ ¡Solo faltaba! Si la felicidad se ha constituido en “un derecho” de todo ciudadano... ¡qué menos que pedir lo que ya le corresponde!

El paciente quiere o bien la felicidad que (supuestamente) ha perdido a causa del sufrimiento que le aqueja, o bien la felicidad que nunca ha tenido, pero que supone que los demás sí que la disfrutan. El analista no puede por menos que acoger esta demanda, como cualquier otra demanda que le hace el que viene a verle. Ahora bien, debe estar advertido del callejón sin salida al que conduce la demanda de felicidad, si la tomamos como brújula de nuestra acción. El paciente demanda, pero el analista no tiene nada que ofrecer (ni la felicidad, ni cualquier otra cosa) si se guía por lo que es el objetivo para que comience un análisis; a saber: volver a hacer existir el inconsciente que Freud descubrió.

Para que un análisis comience –es importante recordarlo– hay que conformar un síntoma singular (lo que la persona siente como sufrimiento) y conectarlo con su intimidad o –podríamos decir con Lacan– con su “extimidad”, es decir con lo más íntimo que, a la vez, “está afuera”: el inconsciente, “el discurso del Otro”, que es lo que Freud descubre y explora. Por ello, cada vez que se realiza una entrada en análisis, el análisis está de actualidad, dado que lo que hacemos es actualizar, en esa cura en particular, el descubrimiento freudiano. No hace falta decir que el operador necesario será el amor de transferencia.

En esta actualización está también la posibilidad de que el psicoanálisis cambie y no quede estancado en el uso que se hizo de él en otros tiempos, sino que, más bien, pueda estar a la altura de los retos que la actualidad nos presenta:

Observemos que el psicoanálisis, desde que ex-siste, ha cambiado.

Lacan, “Prefacio a la edición inglesa”, en *Otros escritos*, p. 599.

La centralidad del consumo de objetos, de “experiencias únicas” *ready made*, en la felicidad capitalista contrasta sobremanera con el lugar central que el psicoanálisis le otorga a la falta (de objeto). Al final de su vida, Freud, con su honestidad habitual, admite que es imposible dar al neurótico lo que pide para ser feliz, ni del lado del ‘tener’ (recuperar lo perdido o lo que nunca tuvo), ni del lado del ‘ser’ (ser lo que le falta al Otro, lo que completa o complementa al Otro)³⁴.

Aunque en el análisis pretendemos “permitir al sujeto ubicarse en una posición tal que las cosas, misteriosa y casi milagrosamente, le vayan bien, que las tome del lado adecuado”³⁵, el analista solo

33 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 348.

34 Freud, “Análisis terminable e interminable” (1937).

35 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 349.

puede dar una cosa a su paciente: *su deseo de... X* (“nada” concreto y tangible)³⁶, siendo este deseo “el que en último término opera en el análisis”³⁷.

En este lugar vaciado del deseo del analista, el analizante, durante ese desplazamiento que se produce a lo largo del análisis y que “nos remite siempre a cierto surco, al surco de lo que es propiamente nuestro asunto”³⁸, deberá encontrar su propio deseo en tanto que “metonimia de su ser”³⁹.

IV. El analizante y la felicidad.

Podría seducirnos abanderar un lema publicitario: “analícese y será feliz”. Pero esta *promesa* sería “una suerte de estafa”, como dice Lacan⁴⁰. Si la felicidad llega, se trata, a lo sumo, de una conquista tras cierta experiencia singular, sobre la que quisiéramos, dentro de lo posible, transmitir algo.

Las dos atribuimos a nuestros análisis con el psicoanalista Vicente Mira, la felicidad de la que ahora disfrutamos cada día. Traducimos felicidad como un estado en el que sentimos cierta alegría de vivir, en el que la vida cotidiana se ha vuelto mucho más ligera; enseguida nos entusiasmos y la mayor parte del tiempo estamos a gusto en nuestra realidad, en nuestro pequeño mundo. Podemos asegurar que este estado del que ahora disfrutamos no lo teníamos a nuestra disposición ni antes, ni durante el análisis.

Nuestra incapacidad para coincidir con nosotras mismas⁴¹, fue lo que nos decidió a entrar en ese “asunto infernal” que es un psicoanálisis (Lacan); una prolongada expedición por la “zona” del deseo “indestructible”, un encuentro con nuestro “destino particular”⁴², destino tan obvio como inesperado.

Traicionadas por otros, pero sobre todo por nosotras mismas, nos adentramos y fuimos poco a poco avanzando por esa “vía arriesgada” del deseo⁴³; un camino que no está hecho sólo de *wine & roses*, ya que, en cada vuelta (o en cada vuelco), nos ha tocado pagar “con una libra de carne”⁴⁴ el precio por *no*

36 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 358 y p. 355.

37 Lacan, “Del ‘Trieb’ de Freud y del deseo del psicoanalista” (1964), *Escritos 2*, p. 390.

38 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 380.

39 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 382.

40 “Hacerse el garante de que el sujeto puede de algún modo encontrar su bien mismo en el análisis es una suerte de estafa”. Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 361.

41 Recogemos unas palabras de Clara Serra en *El País* (5 de abril, 2023): “que el sujeto no coincida consigo mismo, o, lo que es lo mismo, que esté atravesado por el deseo ...”.

42 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 380.

43 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 384. Téngase en cuenta que “no desear” es un “riesgo mayor”, p. 368.

44 *El mercader de Venecia* de Shakespeare, citado por Lacan en *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 383.

ceder⁴⁵, por sustraernos “al orden del mundo”⁴⁶, por desobedecer a ese superyó exigente que ordena el sometimiento a unos “deberes” que son “malvados con nosotros mismos”⁴⁷.

Lo que el análisis articula es que, en el fondo, es más cómodo padecer la interdicción que exponerse a la castración.

Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 365.

Sin embargo, no es sin la exposición a la castración que se acaba finalmente por llegar desde la impotencia del “no puedo” al (me) “es imposible”, *simplemente porque es incompatible con la propia vida*. “Toda la problemática del deseo”⁴⁸, que no es sino la problemática de “un retorno a la acción”⁴⁹ en pro de nuestra propia felicidad, sólo se plantea más allá del encuentro tanto con el límite ‘maléfico’, que es la pulsión de muerte, como con el límite “benéfico”, que es *la imposibilidad*⁵⁰.

45 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 379 y p. 373.

46 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 365.

47 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 366. Al principio de su estudio sobre *El malestar en la cultura*, Freud enumera una serie de obstáculos a la felicidad (las renunciaciones libidinales que la cultura nos impone, la insatisfacción incluida en la satisfacción, nuestro cuerpo “condenado a la decadencia y a la aniquilación”, “las relaciones con otros seres humanos”, la pérdida del ser amado, “la supremacía de la Naturaleza”), pero, al final, hace del superyó, de la instancia moral, de los ideales del yo, del goce de la renuncia y del sacrificio “a los dioses oscuros” (Lacan al final de *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*), el mayor escollo con el que nos topamos para encontrar la felicidad, pues no sólo no es posible acallar “la voz del superyó” con renunciaciones y sacrificios, sino que, además, las renunciaciones y sacrificios lo que producen es más superyó, que el superyó se fortalezca, que se torne más feroz (Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 361).

48 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 357.

49 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 371.

50 Lacan, *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, p. 368.